

843  
L.

PA2623

• EG

R68

V. 1

---

ES PROPIEDAD

---

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REY"  
FONDO RICARDO GQVARRUBIAS

Imp. de J. Pueyo. Luna, 29  
Teléf. 14-30 M.—MADRID

PRIMERA PARTE

EL LIBRO DE LOS ANTEPASADOS



## CAPÍTULO PRIMERO

EN EL CUAL, POR PRIMERA VEZ, SE TRATA DE «EL PULPO»

JUAN de Sautierne subió la escalera que conducía al piso de Rouletabille con tal rapidez, que a pesar de su juventud y del hábito de los *sports*, se detuvo jadeante un momento ante la puerta. El célebre repórter del diario *La Epoca* habitaba hacía dos años en la vieja casa del barrio Poissonière, en la cual vino a refugiarse después de la muerte de su mujer, acaecida en circunstancias trágicas, que no hemos de recordar aquí. Huyendo de toda frivolidad humana y sin más trato que el de contados amigos, entre los cuales y en primer lugar hay que citar a Sautierne, marchóse cerca del gran diario al cual consagraba, al parecer, todas sus horas, dispuesto a olvidar.

Juan llamó. Se tardó un poco en abrirle la puerta. Al fin un criado de faz achatada, siempre melancólico y taciturno, que Rouletabille se trajo de los Balkanes, y hom-



bre sólo atento a la consigna de su amo, manifestó que «el señor» no estaba.

—Vamos, Olajai—dijo muy nervioso Sautierne en tono de protesta—... Sé que está en casa... ¡Déjame pasar!

—El señor no recibe...—repuso el criado.

Pero el joven, atropellándole, abrió autoritariamente la puerta del despacho de Rouletabille.

Apenas hubo penetrado, cuando lanzó sorda exclamación y balbuceó vagas excusas. Una mujer estaba allí, en aquel cuarto que parecía haber sido entregado al saqueo: montones de libros aparecían esparcidos por la alfombra; en ella yacían legajos a medio abrir; los cajones de la mesa revelaban señales de violencia, y sin embargo, más que de aquel singular desorden, Sautierne se sorprendió de encontrar allí la mujer que parecía presidirlo. No era hermosa, sino peor como suele decirse... Muy joven aún, rayana en los treinta años, su rostro tenía cierta rareza bajo los cabellos cortados, que caían rectos sobre la frente, cubriéndola hasta la altura de los ojos, que contraía como los miopes y cuyo fulgor inquietante deslizaba sobre personas y cosas con aparente indiferencia; vestía traje sastre de color gris claro, muy sencillo, pero de indudable elegancia. ¿Qué estaba haciendo cuando él penetró tan bruscamente? Muy difícil le fuera decirlo, pero seguramente la había molestado.

La joven le lanzó una mirada hostil, y volviéndose de pronto, se deslizó por detrás de la mesa y desapareció

por una puerta que comunicaba el despacho con la alcoba de Rouletabille.

No se esfumó, sin embargo, tan rápidamente la joven que Sautierne no pudiera reconocer su silueta, cuya visión le dejó como clavado en el suelo.

—¡*El Pulpo!*— murmuró anhelante—. *El Pulpo* aquí. ¡Oh! ¡cuántas cosas explica esto!

Repuesto de la emoción, salió al vestíbulo y llamó a Olajai:

—¿Cómo se halla así el despacho? ¿Se muda de casa tu amo?

—El señor viene al instante—contestó escuetamente el criado, alejándose.

Casi al mismo tiempo, Rouletabille se reunió en el despacho con su amigo, tendiéndole la mano algo febril, y después de percatarse del cierre de las puertas le preguntó afectuosamente el motivo de su visita. Tanta tranquilidad era sólo aparente. Sautierne no cayó en el engaño.

—Hablemos ante todo de ti—le dijo—. ¿Qué ocurre aquí? Dispénsame que haya franqueado con violencia el dintel.

—Querido Juan, voy a decirte una cosa que quisiera ocultar a todo el mundo y sobre la cual te suplico, hasta nuevo aviso, el mayor secreto. Pasa sencillamente que Rouletabille acaba de ser atracado.

—¡Tú!

—¡Yo!



—¡Atisbo que ya sabes por quién y por qué!

—Nada sé y nada comprendo.

—Rouletabille—murmuró Juan en voz baja—, cuando entré aquí hace un instante, me encontré con una mujer, a la cual enojó sin duda mi presencia.

—Olvida que has visto a esta mujer—repuso el periodista con voz clara y mirando de hito a hito a Sautierne—. ¡Es preciso! ¡Nadie ha debido ver a esta mujer en mi casa!

—Y por mi parte, lamento sobre todo haberla encontrado aquí—replicó Juan con voz apagada.

—¿Por qué lo lamentas?

—Por ti... ¡La señora de Meyrens aquí! ¿Sabes cómo llamaban a esta mujer?

—¡Sí!—respondió el periodista con sonrisa que desagradó a Juan—. ¡Ella misma me ha contado sus desdichas!

—Quieres decir las desdichas de los demás... Nosotros la llamábamos *El Pulpo*. Creo que soy bastante amigo tuyo para poder decirte: Rouletabille... no te fíes. Doquiera se ha presentado esta mujer, no ha habido más que desastres. Siempre ha dejado tras sí la desesperación y la ruina... En Viena, en Petersburgo, en donde todas las puertas se le abrían, pues contaba con apoyos oficiales, se la consideraba como agente de la más encopetada policía... Después de la guerra, desapareció. Algunos hasta sostenían que había sido fusilada en uno de los fosos de Schlussembourg... ¡Y yo la encuentro aquí en esta

casa, como si fuera la suya, en tu intimidad!... Oye, Rouletabille... ya sabía que andabas enzarzado de unos meses acá en una intriga... pero no podía sospechar... ¡Y ahora que acabas de decirme que te ha ocurrido una desgracia, ya nada me asombra!...

—¿A ti, personalmente, nada te ha hecho?

—¡Nadal pues mientras estuve agregado a la embajada, el embajador solía decirme: «¡Cuidado!»... Además, sus maneras me inspiraron siempre recelo. No me hacían gracia sus modales de chico ni su mirada harto inteligente en el preciso momento en que trata de seducir con la más inocente familiaridad... Desconfía, te digo, y no me salgas con que te sirve para el conocimiento del mundo, de todos los mundos. Es ella la que te tendrá «cogido»... En todo caso no la quieres, ¿no es eso? ¡Dime que no la quieres!

—En cuanto a mí—replicó Rouletabille—tranquilízate; la detesto.

—¿Y ella?

—Y ella a mí...

—¿Esas tenemos?

—Sí, pero hablemos de otra cosa... Dime, ¿qué te trae?

—Dime tú primero cómo te atracaron...

—Avergüenza referirlo... He aquí el hecho: Ya sabes que acostumbro a permanecer en la redacción hasta muy tarde... No entro nunca en mi casa antes de las dos de la madrugada... Anoche, casualmente... me acosté a las diez.



Me sentía fatigado, rendido inexplicablemente. Llegué incluso a pensar si me habían hecho tomar, sin que lo adivinara, algún narcótico.

—¿Dónde cenaste y con quién?

—¡Tranquilízate! Cené aquí, pero no con ella.

—¿Estás seguro de tu criado?

—En principio, de nadie, pero razonablemente he debido rechazar la idea del narcótico. Aun admitiendo que mi criado estuviera de acuerdo con mis atracadores, es lógico pensar en que tuviesen interés en verme salir cuanto antes, y no en retenerme, ni aun dormido, en mi casa. ¡No! Ellos se pasmaron tanto de hallarme en mi casa como yo de verlos. Estaba, pues, ya acostado, cuando a las doce y media o una de la madrugada, abrí los ojos: un ruido singular, un rechinamiento insistente como el de la lima en una cerradura, me sacó de mi amodorramiento, y de pronto un crujido... luego, nada. Me pareció que acababan de violentar un mueble con ganzá. Ello quizá fué sólo ilusión y el ruido natural del maderamen que se raja. Me levanté bastante atemorizado. Sabes que soy animoso; pues bien, esta noche sentí zozobras como un niño ante el estruendo inexplicable que producen las cosas en las tinieblas.

Angustiado y bañadas en sudor las sienes, alargué la mano hasta el cajón de la mesilla de noche. No estaba allí mi revólver. Me acordé de haberlo dejado en un compartimiento de la mesa del despacho; precisamente el crujido procedía del gabinete. Volvía a sonar; rechinaba

de nuevo y con mayor precisión, y ante tal seguridad recuperé súbitamente toda mi sangre fría...

Me deslicé del lecho y cautamente entreabrí la puerta de la alcoba. Vi que un rayo de luz ribeteaba la parte inferior de la puerta del despacho recayente al vestíbulo. Recordé que tenía una porra en el paragüero. Me armé con ella y adosé la oreja a la puerta del despacho.

Oí voces que cuchicheaban palabras en lengua para mí desconocida. Mi criado duerme en el piso de arriba, y yo me hallaba solo ante una cuadrilla que no repararía, ciertamente, en el daño que pudiera causarme; resolví, pues, salir del cuarto sin pérdida de tiempo e ir a avisar al portero; pero de pronto la puerta del despacho se abrió, oí algunas exclamaciones rápidamente ahogadas y tres hombres se echaron sobre mi cuello.

En un relámpago—continuó Rouletabille—fui tendido, amordazado, transportado a mi alcoba, atado con mis ropas, reducido a la impotencia. Naturalmente, habían apagado todas las luces; pero yo los sentía revolverse en torno mío. ¿A qué misteriosa labor se entregaron?

De pronto, suena el timbre de la puerta de entrada y desaparecen como bandada de asquerosos pájaros nocturnos.

Fuertes puñetazos cayeron sobre la puerta, y oí el vozarrón de mi compañero La Candeur, que me gritaba: <Soy yo; ¡abre, Rouletabille!... Te necesitan en la redacción... No es posible telefonearte. ¿Por qué has descolgado los auriculares? ¡El director está furioso!...>



Por mi parte, me esforzaba inútilmente en desasirme y hacerme oír.... La Candeur bajó la escalera vociferando juramentos. Bien considerado, no me supo mal que no llegara a verme en tal coyuntura. ¡Yo, Rouletabille, haberme dejado sorprender así! Estaba avergonzado, anonadado. ¡Este es el sentimiento que aún me domina! Mi criado me desató esta mañana. Le he amenazado con enviarle a presidio, si llega a decir una palabra, y en cuanto a ti espero confiadamente en que no tratarás de deshonrarme.

—Pero, en fin, ¿qué significa esta agresión? —preguntó todavía Juan de Sautierne, olvidado de sus propias preocupaciones por el relato de esta singular aventura.

—¡Ah! —repuso Rouletabille señalando con un amplio gesto su despacho revuelto—. Lo he repasado... Han venido con toda seguridad a robarme documentos... Pero ¿cuáles? Hecho el inventario, no me falta ninguno. He creído un momento que había una relación entre el acontecimiento de esta noche y mi artículo de anteayer, acerca de los escándalos de la «Sociedad de Bengala»; pero mi archivo está completo... ¡Misterio!...

—Tú al menos debes tener alguna sospecha... Les viste las caras...

—Sí, un segundo; pero al punto apagaron las luces...

—¿Y qué facha tenían tus ladrones?

—De ladrones... demasiada facha de ladrones. Trazas horribles de ladrones... Con exceso... Muy sucios sus trajes... ¡Muy espantables sus gorras!

—¿Por dónde entraron?

—Por el balcón... El piso contiguo está vacío... Entraron por la escalera de servicio... Aquí se limitaron a cerrar la madera de la ventana, saltaron un cristal... Nada más sencillo.

—Y ¿no vas a avisar a la policía?

—No.

—Rouletabille, ¿no sospechas de nadie?

—Sí...

—¿De quién?

—De la policía. ¡Es posible que busque algo que no hallará aquí! Pronto sabré a qué atenerme.

Juan, entristecido, reflexionaba.

—Rouletabille, te lo repito; no te fies de *El Pulpo*.

—¿No me has dicho—contestó irónico el repórter— que era de la policía?

—Así se me ha afirmado.

—Pues bien—repuso el periodista encendiendo la pipa—, por ella sabré si es la policía la que ha dado el golpe.

Juan se levantó.

—Ea—suspiró—, veo que no queda nada por decirte. ¡Adiós!

Y agregó con intención un poco solapada:

—No quiero molestarte más.

Rouletabille no le contestó en seguida, pero cogiendo su junquillo y su sombrero:

—Te acompaño—repuso—, pues veo que te repugna



hablarme de Odette, bajo el techo que guarece a Mme. de Meyrens.

—¿Cómo sabes que quiero hablarte de Odette?

Rouletabille levantó los hombros y le impelió hacia la escalera:

—Tú has recibido noticias de Camargue, malas noticias... Hubert no deja a Odette; cada día está más imperioso, casi amenazador.

—¿Quién te ha informado tan bien? —preguntó Juan estupefacto—. ¿Quién te ha dicho...?

—¡Tú! Lo llevas escrito ahí...

Rouletabille pasó el dedo por la frente...

—¿Qué opinas de Hubert?

—¡Le creo capaz de todo! Pero he de confesarte que no es él el que me desasosiega en cuanto a ti concierne.

—¿Has hablado a Calixta?

—No; precisamente he venido para que tú le hables, tú en persona.

—Encantador —exclamó el repórter, que parecía querer ocultar bajo aquella traza jovial el disgusto que le acarrea tal comisión—. ¡Encantador! ¡A poco me estrangulan anoche, y esta tarde me van a arrancar los ojos!

## CAPITULO II

CALIXTA

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO

No sé ciertamente cómo anunciar a Calixta mi casamiento con Odette. Rouletabille se repetía esta frase de su amigo Juan, mientras Juan vertía en el piano un pasaje de Beethoven, y en la alcoba danzaba Calixta, desnudas las piernas, bajo el tul de velos negros guarnecidos de oro. Estaban además el osezno y el loro.

La escena era sorprendente. La envolvía la penumbra. El mismo Juan estaba enteramente sumido en la sombra. Se le oía, pero no se le columbraba. Se oía también el tintineo de los brazaletes de Calixta cuando el ritmo se acentuaba. Los tres espectadores, Rouletabille, el osezno y el loro, estaban tan circunspectos como las imágenes de sombras chinescas que sus perfiles dibujaban sobre la pared. Los iluminaba la roja luz de una lamparilla, protegida con pantalla de papel de seda y colocada en bandeja de plata, en la cual yacían rabiosamente dispersos



unos naipes, y entre ellos la reina con el corazón descuajado (la mujer rubia a trozos).

Naturalmente Calixta era morena; pero en aquel momento se veía tan sólo sus piernas deslumbrantes, que corrían como llamaradas por la alfombra. Al punto las piernas se eclipsaron bajo los velos, la mujer se desplomó, y encuadrado en la voluta feroz de la suelta cabellera, apareció su rostro de belleza y dolor salvaje.

«Nunca ha bailado tan trágicamente—pensó Rouletabille—. Diríase que prevé la catástrofe. ¡Vamos a pasar momentos difíciles!»

Pero por un milagro de aquella fisonomía tornadiza, la imagen de la desesperación que se arrastraba a la luz de la lámpara se esfumó casi instantáneamente, bajo la más traviesa y apasionada de las sonrisas, y luego Calixta se irguió mostrándose a la vez fiera y dulce, amorosa y discreta, tímida y burlona.

Finalmente prorrumpió en carcajadas. Su danza fué cosa de un demonio, de una gracia, de una musa, de un ángel, de un duende.

Y Rouletabille se acordó de la primera vez que la vió danzar. Hacía dos años. Fué en Camargue, en los alrededores de las Santas Marías del Mar, adonde fué a cazar, con su amigo Juan, pájaros trashumantes. Había salido danzando de un carromato de bohemios encajado entre dos tamarindos, y ellos se detuvieron por el placer bíblico de esta escena al aire libre. Silenciosa, acurrucada en torno de la bailarina, la tribu extática y desarrapada

contemplaba a la bella moza de divinos gestos, mientras un varón de sombría belleza, sentado junto a las brasas que se extinguían, arrancaba a su guitarrillo un ritmo milenario.

Fueron vistos y todo paró; sintiéronse arrojados por el silencio hostil de todos. Al día siguiente, almorzando en grupo (hay que decir que el grupo era de felices mortales) en un pequeño hotel campestre de la vecindad, a dos pasos del río, vieron aparecer en medio de sus juegos civilizados (quién tocaba un *shimy* en el piano) a una náyade morena perseguida por un fauno. Reconocieron en aquella joven casi desnuda a la bohemia del día anterior, y en el fauno al hombre del guitarrillo. El hombre terrible había ya atrapado a la niña, que se defendía gritando y mordiéndole. Y ya se la llevaba, cuando Juan y Rouletabille, seguidos de sus amigos, cayeron sobre él. El bohemio hubo de ceder al número. Se alejó lentamente, volviendo de vez en cuando la cabeza hacia la joven, que seguía imprecándole.

Esta, suspirando, se acogió a la protección de Juan:

—Me llamo Calixta, y este hombre, Andrés. Es un gitano, pero no de mi tribu. Como mi padre ha muerto, trata de llevarse me. No es nada mío.

Una hora más tarde, para evitar nuevos incidentes, Juan montó a Calixta en su auto, vitoreado por sus amigos. He aquí, pues, cómo Calixta y Juan se enamoraron, y por qué Calixta le amaba aún.

Aparentemente la joven se había civilizado con ardor



de neófita a la cual se descubren los goces de una religión de dulzuras insospechadas. Aunque su alma continuó siendo salvaje, por fuera se había trocado en una parisien elegante y muy moderna.

Se dijo que quería hacer olvidar su origen. Sólo para Juan y para Rouletabille bailaba alguna vez en la intimidad danzas gitanas, y ya hemos visto que Juan mezclaba con ellas trozos de Beethoven.

Ahora, pues, Calixta reía, pero su risa estremecía a Rouletabille. El loro y el osezno también se echaron a reír.

—Esta casa de muecas me espanta—se dijo el repórter, tratando de sacudir el entorpecimiento morboso que le invadía—. ¡Ah! ¡esos perfumes de Armenia! Por mucho que haga esa mujer, olerá siempre a bazar.

Juan cerró el piano y trató de explicar a Calixta la necesidad que tenía de dejarla pronto aquella tarde.

—Rouletabille te hará compañía.

Ella no respondió. Ofreció a su beso una frente de mármol... Juan se puso en salvo, balbuceando excusas. Rouletabille hubiera dado cualquier cosa por seguirle.

Calixta se sentó en el diván. Quedó inmóvil y rígida como una reina de Egipto. Veíase brillar en su desnudo brazo enorme anillo de esclava. Era menester decidirse. Rouletabille tosió. Teníase por ridículo, por antipático, y maldecía a Juan, que había echado aquella carga sobre sus hombros. La joven fué la que rompió primero el silencio:

—Quiere dejarme, ¿no es eso?

Rouletabille tosió de nuevo; creía aquella tos elocuente; y Calixta, que no carecía de inteligencia, con pequeño esfuerzo que hiciera, la comprendería seguramente. Y en realidad la comprendió y se lo probó sin más tardanza. Vino a plantarse ante el joven, y elevando su brazo desnudo a la altura del rostro, le enseñó el arete de oro, en el cual estaba trazado un signo misterioso, combinación del choque y de la mezcla de dos religiones: la cruz y la media luna, cuyo conjunto tenía la forma de puñal.

—Rouletabille—le dijo—, repite a Juan esto: las jóvenes gitanas que llevan este arete en el brazo y este signo en el arete... son auténticas jóvenes de Bohemia, que saben guardar fidelidad en el amor y el recuerdo de las injurias... Y ahora márchate... Ve, te digo; ve a reunirte con tu amigo.

Los tres se pusieron a echarle, pues el osezno y el loro no se habían separado de Calixta, y el loro no era de los tres el menos temible...